Ricardo Mella

En defensa del anarquismo

Lucha de clases



BIBLIOTECA DE "TIERRA Y LIBERTAD"

Calle Cadena, núm. 39, 2.° BARCELONA

PRECIO 15 CÉNTIMOS

BARCELONA

Imprenta "Germinal", Ronda San Pablo, 36

1919

En defensa del anarquismo

I

Una confusión lamentable nos condenó al silencio durante cierto período de tiempo. Algunos hechos individuales, cuya responsabilidad no puede ni debe alcanzar a todo un partido, nos hicieron víctimas de la sañuda persecución de todos los gobiernos. Por muchos días el anarquismo dejó de ser doctrina más o menos aceptable en el concepto general, y se trocó en enorme delito colectivo. Unas veces por ignorancia, otras por necesidad de justificar atropellos inauditos, muchas por preocupación y mala fe, siempre, durante ese período, la anarquía fué terrible demencia de cerebros enfermos y de almas perversas. La obra policíaca se completó con la investigación científica de los que, como Lombroso, juegan con la hipótesis a cambio de hallar en toda manifestación dato que soporte sus teorías y les dé visos de una certeza que de otro modo flaquearía ostensiblemente.

A pesar de todo, revivimos y estamos dispuestos a proseguir la labor interrumpida.

Somos hombres de ideas, que amamos fuertemente aquello que se nos ofrece con todo el aspecto de una verdad irreductible, que alimentamos la creencia en un mundo mejor, y si alguna vez puede flaquear nuestro cuerpo maltratado, no flaqueará nuestro cerebro en la convicción del ideal tras el cual corremos luchando a brazo partido con una sociedad llena de preocupaciones, de egoísmos y de inmoralidades.

No tenemos necesidad de hacer protestas ni aclaraciones. No declamaremos desde lo alto contra la singular conducta de los vencedores, ni justificaremos la de los vencidos. Nosotros no nos ocupamos de hechos, sino de ideas. Una doctrina no se deprime por los actos de sus partidarios. Si así no fuera, no sólo las religiones y los partidos, sino también la misma ciencia habría de doblar la cerviz humillada por sus pecados.

Y si todavía se insiste en que el anarquismo es una teoría de aniquilamiento, responderemos que el anarquismo es simplemente una teoría revolucionaria, y la revolución no es ni ha sido ni será nunca el aniquilamiento porque sí, sino la transformación de las formas orgánicas de convivencia social.

Todo lo que significa terrorismo, destrucción de cosas y personas, podrá ser un accidente, un fenómeno producido por el antagonismo en que vivimos, nunca un principio de hombres que piensan y razonan. La muerte de un hombre, una transmisión de propiedad, una destrucción cualquiera de las cosas, no cambia en nada el organismo político, no altera el funcionalismo económico y deja en pie las instituciones dominantes. Y una revolución tiene por objeto precisamente esto: cambiar o suprimir el organismo político, modificar el funcionalismo económico, vencer a las instituciones creadas.

La teoría anarquista no ha sufrido, por tanto, depresión alguna. Sus hombres, perseguidos, encarcelados, aniquilados en ocasiones, han sufrido, como sufren todos los vencidos; pero ellos mismos subsisten para dar razón del valor de sus ideas.

No se extermina a todo un partido y mucho menos se elimina del campo teórico una idea fuertemente arraigada en la conciencia social como consecuencia de una necesidad vivamente sentida.

Hablemos, pues, de la anarquía y expliquémosla una vez más, que por poderoso que sea el sentimiento del egoísmo general y la preocupación reinante, la razón se abrirá paso.

II

La anarquía es una doctrina filosófica que comprende en amplísima síntesis todo el intrincado problema social.

No es simple principio de destrucción, como entiende la ignorancia y proclama la mala fe. No implica la vuelta al hombre prehistórico, como afirman enfáticamente los mercenarios sabios de las clases dominantes. La anarquía es la traducción, ideal y práctica a un mismo tiempo, de la evolución política y del desenvolvimiento económico.

La tendencia innegable en todo el proceso histórico a integrar plenamente la individualidad, tanto como el hecho manifiesto de una cada vez más creciente sustitución del trabajo colectivo al trabajo disociado, envuelve la categórica afirmación del anarquismo consciente; de tal modo, que, apenas se disipa un tanto el general prejuicio, no hay cerebro medianamente organizado que no lo reconozca.

La independencia individual ha sido siempre el objeto de todas las revoluciones, y ni uno solo de los grandes movimientos populares ha dejado de significar al mismo tiempo una cuestión de pan. Las sociedades se agitan constantemente alrededor de estas dos ideas: libertad e igualdad, como si presintieran su resultado inevitable: la fraternidad y la solidaridad de todos los humanos.

La esfinge de la felicidad, alejándose a medida que la humanidad avanza, parece detenerse un momento. Dámonos cuenta de la inmensa pesadumbre del montón de preocupaciones, errores y falsedades que a través del tiempo permanecen irreductibles en el mundo social; rendímonos a la evidencia de una continua humanización de la especie, que surgiendo de la animalidad primitiva, camina resueltamente hacia la meta, ne-

gación absoluta de su punto de partida; avívanse nuestras facultades éticas y multiplícase hasta el infinito, por el progreso de la mecánica, nuestro poder físico, permitiéndonos entrever próximo el reinado de la abundancia y la realización del amor universal humano, y dominando desde la altura de la civilización presente las estrecheces del pasado y las amplitudes del porvenir, penetrámonos del radical antagonismo entre un progreso material cierto y un estancamiento del progreso social evidente. No caben nuestras artificiosas instituciones, nuestros métodos rancios, nuestras rutinarias costumbres en un nuevo mundo que domina las fuerzas de la naturaleza, las sojuzga y las explota. La máquina nos redime del trabajo innoble y ennoblece el trabajo útil; convierte a la bestia que tira en cerebro que dirige; suprime las fatales diferencias con que la naturaleza distingue a los hombres, igualando todas las fuerzas y todas las aptitudes en la síntesis del trabajo mecánico, y cuando el vapor y la electricidad suprimen toda barrera entre los cuerpos y establecen la comunicación constante de los pensamientos, nos apercibimos de la enorme distancia a que queda nuestro progreso moral, político y social del progreso positivo de nuestras fuerzas en el orden de la producción y de la ciencia. El privilegio económico y la dominación política hacen inútil para la inmensa mayoría de nuestro linaje ese avance tremendo de un siglo que ha desenvuelto con rapidez vertiginosa todo contenido de la experiencia y de los conocimientos de siglos y siglos que marcharon al lento caminar del galápago. Por eso surge en nuestra mente la idea de un avance semejante en el orden de las relaciones de la vida, y concebimos, con la clara percepción de la nerviosidad moderna, un mundo mejor, ante cuya proximidad la impenetrable esfinge se aclara, se reduce y finalmente se convierte en término clarísimo de transparente verdad y de sencillísimo problema, cuya incógnita se ha despejado por completo.

"El ejército del hambre" título para un libro

III

La falta de paralelismo entre los dos modos del progreso humano hémosla atribuído al privilegio económico y a la dominación política. Y, en efecto, la permanencia de una organización de clases ha hecho que los beneficios inmensos de la mecánica moderna sean nulos para la mayoría de los hombres, reduciendo a ésta a condiciones tan mezquinas, que en la lucha por la vida el obrero se ha convertido en la más despreciable de las mercancías por su baratura y por su fácil sustitución. Si la máquina no ha lanzado de golpe a la miseria a millares de hombres, hace en cambio cada día menos necesario el concurso del jornalero, y al día también elimina un no despreciable número de brazos que va a engrosar las nutridas filas del ejército del hambre.

El capitalista halla fácil rendimiento a sus dineros en la potencia multiplicadora de la máquina, al paso que el trabajador es cada vez menos indispensable. Al contrario, su labor se deprecia continuamente, sustituyéndola a veces con la labor femenil y la de los niños. Así, aunque la máquina multiplica o por lo menos puede multiplicar prodigiosamente los productos, este progreso resulta inútil para el obrero, porque dada la depreciación de los jornales y la continua paralización de brazos, cada vez le es menos fácil obtener dichos productos en el mercado. No de otro modo se explica el terrible espectáculo del hambre al lado de los mismos almacenes atestados de mercancías, que malviven o se cierran frecuentemente por falta de ventas.

El obrero, no sólo sufre estos perjuicios ocasionados por el progreso mecánico, sino también sus derivados. Para él son cuentos maravillosos todos nuestros adelantos científicos; la educación moral y artística y sus goces indeclinables, poco menos que nada. Y como la

clase media no se cuida gran cosa tampoco de las modernas conquistas, sobre todo si no le son inmediatamente útiles, resulta que el tremendo avance de la ciencia en su más amplio significado sólo beneficia á unos cuantos *dilettandi,* y cuya influencia en la vida social es, por tanto, poco menos que nula.

¿Hubiera prevalecido esta enorme diferencia en los beneficios si el estado de castas no estuviese mantenido por un estado de fuerza? La dominación política es como el complemento del privilegio económica y recíprocamente. La dominación política tiene a su cargo, no sólo la subordinación presente, sino también la contínua transmisión de los hábitos de obediencia. La bayoneta y el fusil no le bastan, y dispone de la escuela y de la iglesia, del circo y de la taberna, de la prensa, del libro y del teatro. Todo conspira a un mismo fin.

Normalmente la labor es sencilla, tranquila. Se reduce a asediar continuamente las facultades más hermosas de la personalidad, hasta anularlas o adormecerlas. Y si por acaso la normalidad se perturba, entonces la pólvora hace su oficio y las cárceles se abren para la multitud desamparada, y se levanta el patíbulo para el sedicioso que salió o pensó salir a la calle en defensa de su sueño, de su utopía querida, utopía tras la cual ha caminado y camina la humanidad sin rendirse jamás a la engañadora evidencia de la enseñanza oficial.

Así, debido a esta compenetración del privilegio económico y del dominio político, obsérvase en el mundo social, de una parte, pequeña minoría en posesión de todos los derechos y de todos los elementos, constituyendo por sí y para sí el organismo propiamente dicho de la sociedad, y de otra, enorme masa de esclavos que carece de todo: derechos políticos, personalidad social, elementos de trabajo, riqueza, instrucción, arte y ciencia.

De hecho sólo han cambiado los términos en la apariencia. Nuestro mundo moderno es continuación fiel de aquel mundo antiguo tan fieramente combatido por los ascendientes, por los generadores de nuestra actual burguesía.

Todo en la vida material ha cambiado prodigiosamente. En la vida social, merced al hecho señalado, vivimos todavía para alimentar, recrear y conservar a una casta de hombres que tiene de su parte una sola cosa: el dinero.

IV

Existe, como ya lo hemos demostrado, un desequilibrio inmenso en la vida social. La civilización es solamente ideal, algo abstracto no traducido en hechos para gran parte de los humanos. El progreso, una engañosa ilusión con cuya conquista se pavonean los servidores privilegiados de la burguesía adinerada. El pueblo carece de todo; carece primeramente de pan, y careciendo de pan, civilización, progreso, ciencia, arte, industria no son más que terribles mentiras, torturas inventadas por la moderna inquisición de los satisfechos. ¿Qué efecto pueden producirnos los museos atestados de maravillas artísticas, los gabinetes científicos con sus gigantescas creaciones, las fábricas con sus colosos productores, los almacenes reventando con el hartazgo de mercancías que no se venden y los lindos escaparates con todos los refinamientos del gusto y del lujo? Hablad de todo esto a los millares de desharrapados que se llevan penosamente las manos hacia la región de un estómago vacío, que arrastran los pies por el fango de las calles, que mal cubren con harapos los pellejos que sirven de único revestimiento a un manojo de huesos que crujen a cada paso como queriéndose romper, y sólo obtendréis un gesto indescifrable, un gesto doloroso, expresión de un organismo aniquilado, indiferente al borde de la tumba, esperando la muerte antes que buscando la prolongación de la vida.

¿Y qué pretendemos nosotros, anarquistas, como único remedio a este tremendo desequilibrio, factor fundamental de la miseria, de la ignorancia y del crimen?

Pretendemos producir de momento el avance necesario del progreso social para restablecer el paralelismo lógico, indispensable del adelanto científico y del adelanto positivo para todos los hombres. Pretendemos, sí, dar un salto, salto formidable que, colocando a la humanidad en el comienzo de una nueva evolución, le permita desenvolverse armónicamente en lo sucesivo. Pretendemos que la sociedad recorra en un período revolucionario todo el camino que el privilegio económico, amparado por el poder político, le ha impedido andar al compás de sus otros progresos en la mecánica industrial, en las comunicaciones, en las conquistas científicas, en los goces artísticos. Porque si la humanidad se confía a los teorizantes de la burguesía y del mundo oficial y espera llegar a la soñada meta por el lento evolucionar que le predican, la humanidad permanecerá eternamente distanciada del goce de aquello mismo que ella ha creado y crea a cada momento, sin percatarse de que toda su labor redunda y seguirá redundando en beneficio exclusivo de una exigua minoría privilegiada. Todo desequilibrio es necesariamente inestable. Todo propende del mismo modo al estado de equilibrio, y cuando éste se ha quebrantado bajo la influencia continuada de causas que persisten a través del tiempo, ha de producirse necesariamente también una brusca sacudida de las fuerzas latentes que de golpe restablezca la armonía indispensable a la vida. Por esto el equilibrio social sólo puede esperarse de un instante revolucionario en que los elementos sociales, rompiendo todas las trabas históricas, dando de mano a prejuicios y errores añejos, aborden de una vez para siempre el pavoroso problema de emancipar a todos los hombres de cualquier forma subsistente de la esclavitud.

Y esta revolución, y este sacudimiento formidable, tan temido por unos, tan deseado por otros, ¿qué debe proponerse?

He aquí lo que decimos los anarquistas: la próxima revolución debe, ante todo y sobre todo, tener por ob-

jeto apagar todas las hambres: hambre física, hambre intelectual, hambre moral. Dése a todos el pan, primeramente el pan, el combustible necesario para que la máquina funcione. Que si alguna vez falta, sea porque todos hayan saciado el hambre heredada siglo tras siglo y de generación en generación. Sólo a este precio podrá restablecerse el equilibrio que ha de traer aparejado la hartura intelectual y la hartura de los inefables goces artísticos. El derecho a la vida no es una metafísica para engañar a los tontos. Por brutal que os parezca, trasnochados idealistas, teólogos rancios, filósofos a la violeta que podéis ocupar vuestro cerebro vacío con las disquisiciones de nubes vaporosas, de aromáticas flores y de caprichos de luz y de color en que os solazáis porque estáis hartos de todo y no sabéis hallar entretenimiento mejor a vuestros ocios, el pan, la satisfacción de las necesidades materiales, es indispensablemente lo primero que hay que facilitar a todo el mundo. Esta lacónica palabra *pan* encierra todo el para vosotros terrible problema social, porque si de él dispusiera todo el mundo, ¡cuán fácil sería satisfacer cumplidamente esas que llamáis necesidades de un orden más elevado, más espiritual, según vuestros propios términos!

¿Y sabéis cómo se ha de dar el pan a todo el mundo? Lo diremos brevemente: socializando la propiedad y suprimiendo el poder político.

El pan y la libertad para todos; reintegración de la vida a las condiciones naturales en que debe desenvolverse; cooperación voluntaria para todos los fines comunes; asociación libérrima, como producto directo y espontáneo del ejercicio de la iniciativa individual: he ahí sintéticamente la reorganización subsiguiente a la revolución que haga desaparecer la precedente organización privilegiada del mundo capitalista.

Si el mundo de las desigualdades irritantes ha producido la miseria fisiológica y la miseria social, el mundo nuevo de la igualdad no reglamentada, sino como producto del libre funcionamiento de los grupos en po-

sesión de la riqueza toda, producirá necesariamente las robustez fisiológica y la hartura social; producirá el bienestar, esa felicidad relativa, en fin, por todos deseada y jamás conseguida.

El anarquismo se encarga de propagar y enseñar la posible realización de la pretendida utopía. De nuestra parte no haremos más que explanar la tesis que sostenemos, sujeta necesariamente a un criterio puramente individual, que del concurso de diversas opiniones surgirá al fin en toda su generalidad la bella teoría que gana de día en día mayor número de inteligencias.

V

Socializar la riqueza no es para nosotros la apropiación por el Estado de todos los medios de producir. Suprimir el poder político no equivale a una simple transformación de la máquina gubernamental. Entendemos ambas cosas de muy distinto modo que el socialismo autoritario.

Una revolución que no hiciera más que entregar la riqueza al Estado y dejara en pie un pseudo gobierno bajo el nombre de administración pública, tendría que empezar de nuevo. Sustituir a la multitud de propietarios personales el propietario único, no destruiría ninguna de las causas de la desigualdad social. Entregar a unos cuantos privilegiados el gobierno y la administración de la vida económica de un país cualquiera, no evitaría ninguno de los males que el gobierno político produce, y más bien los multiplicaría agravándolos. Tales cambios no darían a nadie la independencia, sino que remacharían fuertemente la cadena de la servidumbre.

La revolución venidera no caerá en tan grave error. Es preciso una socialización efectiva de la riqueza. El pueblo debe tomar inmediata posesión de todo y organizar, como pueda y sepa, pero por sí mismo, la vida

general. Nada de abdicaciones. Que cada cual ponga manos a la obra, juntándose con aquellos que persigan un mismo fin. Que las asociaciones libremente formadas, libremente se concierten para la común empresa. Y que, en fin, todos y cada uno procuren emplear sus fuerzas en vista de las necesidades más apremiantes del cuerpo social.

Por primera vez se encontrará el individuo en plena independencia de acción, libre del látigo del capitalista y de la tiranía gubernamental; por primera vez hallaráse en el ejercicio libérrimo de su iniciativa, capaz de abarcar sin trabas el inmenso horizonte de una vida nueva. ¿No sería demencia entregar a unos cuantos el arreglo de los negocios, el gobierno de la producción y el consumo? ¿No sería locura insana reanudar la obra del privilegio, de la centralización, del agiotaje y del despotismo armado, contra la cual se había hecho exclusivamente la revolución?

Todo el éxito del socialismo autoritario no tiene otra explicación que los hábitos de obediencia de las masas. Enséñaseles la misma rutina gubernamental; organízaseles militarmente; póneseles ante la vista un organismo, glosado con los elementos mismos del actual organismo autoritario, y bajo la promesa de la futura igualdad, lo aceptan todo, creyéndose próximos a la emancipación ansiada. Pero al mismo tiempo la organización autoritaria del socialismo produce naturalmente los mismos males, las mismas luchas, las mismas anomalías que la organización autoritaria del capitalismo, y entonces el obrero adquiere su experiencia propia y comprende que se ha engañado con un simple cambio de nombres. Si su cerebro ha despertado a la vida de un mundo mejor, no retrocederá. Si los hábitos de obediencia son todavía bastante poderosos, entregaráse indiferente a la explotación del capitalista, juzgando fatal e inevitable su esclavitud. Mas la experiencia va haciéndose; las masas aprenden a pensar por sí, a obrar por sí y a pasarse sin representantes privilegiados.

Cuando la revolución sobrevenga, el pueblo hará la

revolución anarquista, ahito ya de Mesías políticos y sociales, de gobernantes y administradores *desinteresados*, de toda casta de delegados, representantes e intermediarios.

El anarquismo es por esto el socialismo en toda su pureza, sin mezcla de autoridad ni privilegio; es el socialismo espontáneo organizado por el pueblo.

Preferible a una administración que distribuya caprichosamente las casas, es que la distribución la hagan por sí mismos los trabajadores. Preferible a una reglamentación del trabajo, es que los mismos productores lo organicen con arreglo a sus necesidades, sus aptitudes y sus gustos. Preferible a que un gobierno o administración central organice el cambio por medio de bonos de trabajo o distribuya los alimentos y los vestidos con arreglo a cálculos imposibles, es que los mismos productores, consumidores a la vez, organizados en agrupaciones que libremente se entiendan, cambien o distribuyan sus productos. De todo esto y de mil cosas semejantes entiende la masa general del pueblo mucho más que cualquier delegación por sabia y buena que sea. Y porque entiende más, lo hará mejor; tan bien, por lo menos, como sea posible. ¿Qué importa que los productores trabajen durante una jornada seguida o en medias jornadas si la producción da el mismo resultado? ¿Qué importa que aquí el cambio se haga en esta forma o en aquélla y que allí sea la distribución regulada conforme a tal o cual principio convenido, si las necesidades generales quedan atendidas? ¿Qué importan los detalles y los medios si el fin social se realiza, si la armonía es la resultante de la variedad de procedimientos?

El anarquismo es en el campo socialista la enérgica reivindicación de la individualidad. Por eso a su libre y espontánea iniciativa confía la reorganización social en lo futuro. Por eso proclama en toda su plenitud la libertad de acción que sólo puede obtenerse mediante la posesión en común de toda la riqueza. He ahí por qué somos anarquistas y socialistas.

VI

Pero ¿qué es el anarquismo prácticamente? ¿Cómo podrá una sociedad pasarse sin gobierno, sin fuerza armada, sin una justicia de casta? ¿Cómo armonizar un régimen de comunidad con la independencia efectiva del individuo?

El anarquismo prácticamente, no es más que el arreglo de los asuntos sociales por medio de pactos libres. Una vez puesta en común toda la riqueza, o, mejor dicho, una vez la riqueza a disposición de todo el mundo para producir, para cambiar y para consumir, se agruparán los productores en sociedades diversas para la construcción de los edificios, para la fabricación de tejidos, para la de máquinas, etc., y los agricultores harán otro tanto para la producción de los alimentos, así como otros trabajadores combinarán sus fuerzas para la organización de las comunicaciones y de los transportes. Estos grupos, a su vez, se relacionarán entre sí formando asociaciones de grupos según sus más inmediatos intereses y necesidades, de tal forma, que por una serie de libres convenios surgirá naturalmente una gran federación de asociaciones autónomas que, comprendiendo en una maravillosa síntesis armónica la inmensa variedad de la vida social, apiñará a todos los hombres bajo los auspicios de una felicidad real y positiva. Detalles de la producción, de la distribución y del consumo, ¿cómo dudar que por medio de convenios pueden ser y serán de hecho arreglados? Tal como hoy procede el comercio y la industria, a pesar de sus enormes deficiencias y de su fondo de privilegio, no puede decirse sino que arreglan sus relaciones por medio de convenios. Las grandes empresas producto son de contratos más o menos libres. Las asociaciones debidas a la iniciativa privada, como la «Cruz Roja» y la de «Salvamento de Náfragos», no son

otra cosa más que ejemplos de aplicación anarquista. El mundo científico arréglase por libres relaciones, que no obedecen sino al impulso de comunes necesidades. Y cuando, en fin, se trata de acometer cualquier empresa de exploración u otra semejante, apélase al libre concurso de voluntarios y al auxilio de cuantos simpatizan con la idea de los iniciadores. En resumen, siempre pactos o convenios libremente establecidos a impulsos de necesidades sentidas por hombres a veces extraños los unos a los otros, desconocidos casi siempre, habitantes de distintos países que vienen a concurrir a los fines de la vida general sin coacción alguna ajena a sí mismos.

Y ¿por qué lo que hoy se hace *a pesar* del gobierno, no habría de hacerse si el gobierno desapareciera? En el curso de la evolución social, la cooperación voluntaria va ganando todo el terreno que la coacción gubernamental pierde. A la iniciativa del poder, sustituye con éxito la iniciativa privada. Los politicastros, ayudados por las bestias de carga que aun no han abierto los ojos a la evidencia, continuarán pidiéndolo todo a las alturas. Pero la gente avisada, por lo contrario, procura obrar por su cuenta, pasándose sin el auxilio del Estado, o quizá menospreciándolo.

La anarquía, combatida sin tregua, está en el fondo de nuestra vida actual. Todo el mundo procura, o quiere, por lo menos, hacer por sí cuanto bien le parece. La rebelión contra la ley y contra el poder es general. Verdad que tal rebelión se ampara en la ley misma y sortea con habilidades y disimulos los obstáculos que el poder opone a la libertad personal. No tardará mucho en hacerse franca y abierta. La hora de la violencia no ha sonado. Sonará.

La burguesía sin dinero, esa numerosa clase media que vive al día sin otro porvenir que los vaivenes de la suerte, empieza a comprender que el mundo, que el éxito, que la vida es toda para las grandes fortunas, para las empresas de alta monta, para los grandes privilegios. Los demás mortales de chaqueta, de blusa o

de levita, que no tienen un cuarto, forman el confuso montón de los desharrapados, gente despreciable, propia sólo para sudar trabajando y para morir en la cama del hospital sin más distintivo que un número de orden.

Tal situación, extremando los términos de la lucha por la vida, producirá inevitablemente la revolución social; revolución por fuerza anarquista, pues que no se trata tan sólo de llenar el estómago, sino también de recobrar la perdida libertad, esa soberana independencia que ennoblece, dignifica y levanta al hombre de la abyección en que a su pesar se arrastra.

Se trata, sí, de que prácticamente *cada uno haga lo que quiera*, en la seguridad, como ha dicho Malatesta, de que cuando los intereses sean comunes y la vida enteramente solidaria, cada uno no hará más que lo que deba. Y para obtener esta identificación de la voluntad libre y del deber, esencia del principio anarquista, es preciso, indispensable el establecimiento de la comunidad de bienes. Sin esto rodaremos eternamente al abismo de las desigualdades, de los privilegios, que donde existen producen fatalmente la licencia para unos, la esclavitud para otros.

Y no hay incompatibilidad entre estas dos afirmaciones, porque el hombre es sólo real y efectivamente libre cuando libremente puede disponer de aquello que es necesario a su existencia. Si sus necesidades tienen que ser limitadas por cualquier convencionalismo social, su libertad se anula. Sólo un falso concepto de la libertad personal ha podido dar por resultado la creencia de que un régimen de comunidad sea incompatible con la independencia del hombre. Lo de la falsificación de la idea de comunidad natural ha podido hacernos creer que supone aquélla necesariamente el régimen de la uniformidad conventual o del cuartel, negación la más terminante de la personalidad libre. Comunidad de medios para obrar y libertad de acción, son una misma cosa: teoría anarquista bajo distintos aspectos en apariencia, idénticos en el fondo.

En otro artículo contestaremos a las demás preguntas formuladas al principio de éste.

VII

Hablamos de comunidad de bienes y no significamos en modo alguno un sistema cerrado de uniformidad igualitaria absurda. Ni aun tratamos de sostener un método exclusivo de procedimiento. La comunidad tiene para nosotros la extensión posible cuando todo el mundo puede disponer de los elementos de la producción, tierras, minas, fábricas, viviendas, vías de comunicación, etc., y puede al propio tiempo concertar libremente el modo de producir, de cambiar o distribuir los productos, de vivir, en fin, en todas sus manifestaciones. Comunes los instrumentos del trabajo; común lo que se llama capital social; la libre cooperación enteramente voluntaria basta, en nuestro sentir, a realizar la igualdad, asegurando la total independencia del hombre. Así como por la solidaridad afirmamos que pudiendo cada uno hacer lo que quiera hará lo que deba, decimos también que por la cooperación voluntaria quedarán todas las necesidades sociales satisfechas, sin que sea menester recurrir para ello a reglamentaciones imposibles. Como la comunidad de medios implica comunidad de fines, todos los esfuerzos personales concurrirán, cualesquiera que sea la forma, al bienestar general. ¿Por qué pleitear, pues, por meros accidentes de detalle?

Esta misma comunidad de intereses es la que permitirá a la sociedad pasarse sin gobierno, sin fuerza armada y sin una justicia de casta. El gobierno, monárquico o republicano, no tiene otro objeto, en la hipótesis más favorable, que arreglar y armonizar los encontrados intereses individuales. La fuerza armada sólo sirve de instrumento al gobierno para reducir a la obediencia al que no se conforma con sus disposicio-

nes y arreglos. La justicia organizada es el complemento obligado para sancionar las disposiciones gubernamentales y los actos de fuerza, al par que para defender unos intereses enfrente de otros; gobierno, fuerza pública y justicia juntamente constituyen la armazón necesaria del privilegio; son el sostén de esta diferencia enorme que subordina unos hombres a otros, que da a unos la holgura y a otros la estrechez, que a unos enriquece y empobrece a otros.

Pues si el antagonismo de intereses desapareciese, y es evidente que en nuestra hipótesis anarquista y socialista surgirá naturalmente la solidaridad, ¿para qué serviría el gobierno, la fuerza armada y la magistratura? ¿Qué conflicto habría de arreglar el gobierno, qué haría la fuerza pública de sus fusiles y qué sentencias habrían de dictar esos encopetados jueces que miden a todos los hombres por un rasero común?

Hoy mismo, cuando los intereses particulares son solidarios, el gobierno no sirve de nada, como no sea de estorbo; el ejército luce tranquilamente sus trajes por las calles, y la magistratura se cruza de brazos, bien a su pesar. Es menester el conflicto, la lucha fratricida, el encono y el odio de clases, la brutal presión del poderoso y la humillante esclavitud del hambriento para que la necesidad de un gobierno, de un ejército y de una justicia se haga sentir.

Todo el mecanismo gubernamental, creemos haberlo dicho, sólo sirve para mantener de grado o por fuerza la sumisión de los de abajo, de la masa anónima, y el poder y el privilegio de los de arriba, los distinguidos, gente de buena sangre y mejor tono. En plena libertad de acción todos los hombres y comunes todos los intereses, no habría a quien someter ni poderío ni privilegio que demandase defensa violenta o habilidosa. ¿Para qué un gobierno? ¿Para qué un ejército? ¿Para qué una magistratura?

Las diferencias que entre hombres pudieran surgir en una sociedad de iguales bastaría a solventarlas la intervención amistosa de los compañeros de trabajo

o la de amigables componedores, o, en fin, la de un jurado elegido al efecto. ¿No ocurre esto mismo hoy entre las clases llamadas directoras? ¿De qué barro son que no puedan igualárseles los demás hombres?

La autoridad, pesando brutalmente sobre los individuos, es la que engendra la rebelión. La fuerza armada es la que incita a la violencia. La justicia organizada es el factor principal de los delitos. Prescindamos, por un momento, de las condiciones económicas y sociales que provocan la rebelión, la violencia y el delito. ¿No es verdad que la existencia de un gobierno que obliga a todo el mundo a obrar de determinado modo nos hace a todos rebeldes? ¿No es verdad que la presencia de una fuerza que nos amenaza nos torna violentos? ¿No es verdad que una justicia constituída por hombres como los demás, con sus vicios y sus faltas como cualesquiera otros, y que, sin embargo, se arrogan facultades excepcionales, engendra la insolidaridad y la delincuencia por tanto?

La presión del sentimiento general es más poderosa que todas las sentencias y condenas juntas. Sólo la iniquidad social producida por el privilegio ha podido hacer necesaria una institución abominable, contra la cual la pública opinión va rebelándose poco a poco.

El día que todos los pretendidos dioses del gubernamentalismo vengan a tierra, veráse renacer al hombre y emanciparse de todas las tutelas. Entonces será cosa facilísima vivir sin gobierno, sin ejército y sin magistratura, engendros de un estado de guerra social próximo a terminar.

VIII

No dejarán de salirnos al paso, a pesar de todo lo dicho, multitud de preguntas. Es tan inmensa la suma de preocupaciones y convencionalismos en que vivimos, puede tanto la herencia transmitida de unos a

otros durante siglos de siglos, es además tan poderosa la rutinaria enseñanza del momento, que aun las inteligencias más despiertas dudarán, cerrándose obstinadamente a la evidencia. Se nos argumentará, pues, con la natural perversidad humana. Dirásenos que la holganza de unos, el crimen de otros, el apasionamiento y la violencia de muchos imposibilitará la organización armónica de una sociedad nueva. Pretenderáse que las relaciones de los sexos, faltas de sanción legal, conducirán a la sociedad a la prostitución y al caos; que todo se desquiciará al poderoso empuje de la corrupción legal.

Mas ¿está contenida la pretendida perversidad humana por la existencia de un gobierno con todas sus subsiguientes instituciones? ¿Acaso la mitad de los hombres no vive hoy en la vagancia, a pesar de todos los gobiernos, o más bien al amparo de esos mismos gobiernos? ¿Sirven ni han servido para algo la cárcel y el patíbulo, si todos los días la violencia, el apasionamiento y el crimen conmueven la conciencia pública?

Nosotros pensamos, diferenciándonos de los teóricos del libre albedrío y aun de los teóricos del materialismo, que la organización individual humana no es en sí misma ni perversa ni bondadosa. Es simplemente una máquina dispuesta a funcionar según la dirección que se le imprima. Los individuos no nacen criminales ni genios virtuosos. Ni aun por herencia admitimos la criminalidad y la honradez innatas. Un hombre puede, sí, heredar una enfermedad orgánica cualquiera, un cerebro defectuoso, etc. Pero ese hombre, simplemente enfermo, puede, merced a la influencia de multitud de circunstancias, cometer un delito o intentar una empresa arriesgada que satisfaga su natural inclinación. Un temperamento dado a la violencia puede, en determinado instante, cometer un homicidio; puede asimismo lanzarse a un acto heroico cualquiera, que toda reflexión haría quizá imposible. El medio social, en fin, es el que hace a los hombres como son, habida cuenta de sus particulares condiciones orgánicas.

La perversidad o la bondad no está, por tanto, en el

organismo humano, sino en las cosas, en las instituciones, en la influencia de las costumbres, de las ideas corrientes, etc. Dad a cualquier hombre facultades de mando, y sólo por excepción dejará de convertirse en tirano. Así, las culpas de los gobiernos no son imputables a los individuos, sino a las instituciones que hacen a los que las representan lo que son. Por eso todos los gobiernos son iguales, igualmente perversos, inmorales y concusionarios. Por eso todas las Cámaras dan idénticos frutos. Por eso todos los partidos son en la oposición una cosa, en el poder otra. Por eso, en fin, es exactísimo el dicho vulgar de que todos los políticos son *los mismos perros con diferentes collares.*

La holganza, por ejemplo, ¿no es el fruto del militarismo, de la religión y de la empleomanía? Hombres acostumbrados al trabajo van al cuartel a educarse en la vagancia. El aprendiz de cura sigue idéntico camino. Y el empleado público es un caballero particular a quien, en la mayor parte de los casos, sus padres no dieron oficio porque el trabajo mancha, rebaja, degrada. Enseñanza pura de la Iglesia y del Estado, desviación de las buenas costumbres, influencia de las ideas puestas en boga por la burguesía.

La holganza no puede ser un argumento contra el anarquismo, porque es fruto del régimen autoritario y capitalista. En una sociedad bien organizada todo el mundo trabajará, porque el organismo humano, como todo organismo, supone funciones correlativas, necesidad de ejercicio, y el ejercicio—trabajo—se impondrá so pena de atrofia general. Tendremos menos gente en los gimnasios, menos ciclistas, menos preponderancia de toda clase de deportes; pero más trabajadores útiles, más obreros y productores. Los parásitos, hoy en gran número, se reducirán al menor número posible.

El medio social, siempre el medio social forma a los hombres. La mayor parte de los delitos, fruto es de la violencia organizada y del privilegio establecido. La paz armada de las naciones justifica el hecho de que la mayor parte de los hombres lleve cuchillo, pistola o

garrote. Y así como la existencia de los ejércitos supone necesariamente la guerra, la existencia de estas otras pequeñas potencias armadas supone el homicidio y el asesinato. El robo es la esencia de toda la vida social. Robando al obrero se enriquece el industrial. Robando al comprador se enriquece el comerciante. Un robo es la renta, un robo las operaciones de banca, un robo en grande escala todo el funcionamiento económico de la sociedad. La lucha por la existencia consiste en saber apropiarse la riqueza de los demás, en saber robar más y mejor. La propiedad engendra el robo, más bien es el robo mismo, como se ha repetido ya en todos los tonos. En una sociedad anarquista y socialista no habría ladrones, como no habría vagos, como no habría asesinos ni homicidas. En este último caso habría un número limitadísimo de enfermos. Y sobre ello no cabe ya discusión. La ciencia antropológica, pese al doctrinarismo de algunos de sus sabios, ha demostrado hasta la evidencia nuestro aserto.

¿Merece la pena de hablar de las relaciones sexuales? Sentimos un profundo desprecio hacia los moralistas del formulismo. Para ellos el orden, las buenas costumbres, la moral, es esto: una fórmula. ¡Desdichados!

Hablar de futura prostitución, cuando la prostitución vive en la fábrica, fomentada por la miseria de la mujer y la infamia y la concupiscencia del dueño o del capataz; cuando la prostitución vive en el seno de esos matrimonios aristocráticos, en que cada individuo tira por su lado y pasea públicamente con el amante; cuando la prostitución asoma en los matrimonios por interés de la burguesía adinerada; cuando la prostitución es la válvula de la abstinencia sacerdotal y del histérico señorito; cuando la prostitución es el contraveneno de una sociedad de masturbados; cuando la prostitución alimenta a polizontes y empleados y sostiene con una parte alícuota correspondiente las cargas públicas; hablar de futura prostitución ante esta universal prostitución presente, es el mayor de los cinis-

mos reservado a esa cáfila inícua de inícuos moralistas degradados.

Sí, señores burgueses; la unión de los sexos, no fundada, como hoy, en el interés y bastardas miras, sino en el puro y desinteresado amor, será la regeneración para la humanidad civilizada que habéis hundido en el mayor de los ludibrios, enfangándola más y más; que habéis condenado a espantosa degeneración por el creciente desarrollo de la terrible sífilis. Corroídos, descompuestos como estáis, la revolución proporcionará vida a todos, porque dará el triunfo a la sangre rica, espléndida del fornido campesino, del robusto obrero. La clorosis de vuestras niñas, la masturbación de vuestros hijos, vuestra propia inmoralidad sexual, curadas serán por el hierro regenerador de la próxima revolución.

Las hordas del Norte, cuya invasión os amenaza, están hoy en todas partes, viven a vuestro lado, prontas a lanzarse sobre vosotros para aniquilar un mundo entero de concupiscencias, latrocinios y grandes crímenes por vosotros sostenido. Ellas renovarán la sangre empobrecida de una sociedad agonizante, curarán la anemia en que languidecemos, regenerarán, en fin, al individuo moral y materialmente. Es la vida lo que traerá la próxima revolución, la vida espléndida de la libertad completa en medio de la satisfacción de todas las necesidades, de todas las nobles aspiraciones, de todos los generosos ideales.

La anarquía, este sueño de locos, intento de criminales, realizará la prometida felicidad. La idea esparcida está por todos los rincones. Consciente o no, vive entre vosotros mismos propagada por vuestros literatos, por vuestros artistas y por vuestros sabios.

Al pueblo poco le queda que hacer: el empuje necesario para barrer todo lo que estorba.

Madrid, junio de 1895.

Lucha de clases

I

Con el creciente desenvolvimiento de las ideas socialistas revolucionarias, la lucha de clases ha tomado carta de naturaleza merced a la perspicacia de los propagandistas del socialismo que han comprendido todo el partido que de ella podrían sacar. Es evidente que, dada la oposición de intereses cada vez mayor entre capitalistas y trabajadores, la lucha de clases como arma de partido no podía ni debía ser abandonada por los que ponen sus miras políticas en la emancipación de cuantos, bajo una u otra forma, viven del salario.

Por otra parte, las clases existen de hecho, como reminiscencia de las extinguidas castas. El salario es, a no dudarlo, la fórmula de la moderna esclavitud. Toda una categoría de hombres, apenas considerados con el derecho de ciudadanía, está a merced del jornal, siempre mezquino y con frecuencia inseguro. En tanto, otra multitud de hombres gana para sí en el comercio, en la industria, en la agricultura, por modos directos y libres de toda subordinación personal, no sólo lo que sus necesidades demandan, sino también riquezas excesivas que se sustraen a la general circulación. Así, al antagonismo social preexistente ha sucedido por ley de necesidad la lucha de los elementos contrarios. Ha sucedido asimismo la constitución de un partido que tiene por bandera el principio de esa lucha.

En el orden de las ideas, sin embargo, ocúrresenos que el tal principio no tiene justificación alguna. Si bien es natural que las filas del socialismo revolucionario se nutran principalmente de asalariados, entendemos que este hecho no excluye que el problema social revista un

carácter mucho más general que el que supone el estrecho espíritu de clase. La simple exaltación de una clase al poder público no resolverá realmente la irreductible contradicción de nuestros tiempos, la fatal oposición de los intereses políticos y económicos. Una clase redimida, el cuarto estado emancipado por la posesión del poder y de la riqueza, a semejanza de lo que ocurrió con el tercer estado, no haría más que introducir un nuevo factor en el problema, creando un quinto estado de verdaderos esclavos, que lo serían cuantos en la tempestad revolucionaria fuesen poco avisados o llegasen tarde al reparto del botín.

En el orden de las ideas, repetimos, la lucha de clases es un exclusivismo contrario a las tendencias y necesidades del porvenir. El orden social presente no es malo por culpa de una clase; lo es por culpa de todos los hombres que lo sostenemos, y el trabajador, por su ignorancia, por su apatía o por su indiferencia de máquina productora, no es el que menos contribuye a que el mundo de las añejas rutinas, de los prejuicios y de los errores seculares continúe en pie. El llamado burgués es con frecuencia un vencido en la lucha por la vida, un desesperado o un esclavo del mismo mundo en que se mueve contra sus gustos, sus deseos y sus pasionales sentimientos. O es un artista reñido con el medio ambiente que le maniata, o un pensador amordazado por la vulgaridad abrumadora de las opiniones corrientes, o un alma generosa envenada por los terribles egoísmos de su tiempo.

II

No se trata, pues, en nuestro sentir, de llevar una clase más al poder. Se trata, sí, de emancipar a todos los oprimidos económicamente hablando, que lo son, en primer término los jornaleros; a todos los oprimidos del orden moral que, más que nadie, lo son aquellos

elementos de la clase media que no tienen otra riqueza que un caudal de conocimientos científicos y artísticos y un tesoro de bondadosos sentimientos y de anhelos altruístas; de emancipar a todos los oprimidos por los convencionalismos sociales, por los prejuicios y rutinas doctrinarias y dogmáticas de escuelas, partidos y sectas, y lo son, en este sentido, todos los hombres, todas las clases sociales que, influídos por el medio ambiente por ellas mismas producido, obrando sobre sí, mantienen en pie el abigarrado y ruinoso edificio de la tradición y del error.

El espíritu de clase en la inmensa esfera de este grandioso problema trasciende a exclusivismo y a privilegio, y es, desde luego, una concepción raquítica, estrecha y malsana. Su consecuente, la lucha de clases, es una tremenda contradicción a las corrientes modernas y a las necesidades del porvenir.

El problema social es la integración de todos los problemas; condénsanse hoy en él todas las cuestiones filosóficas, políticas, morales y económicas.

El progreso se verifica cada vez más por grandes generalizaciones, y así como en el campo de las ideas no se puede determinar las fronteras donde una cuestión termina y otra empieza, porque todas se refunden en una gran síntesis, así en el orden de los hechos todo límite es ilusorio y todo espíritu de casta, todo diferenciación y todo exclusivismo, puro artificio y error gravísimo que nos conduce a extremos de lamentable confusión (1).

Por esto, a pesar de la propaganda hecha en favor del espíritu y de la lucha de clase, no es del seno de los trabajadores de donde surgen los socialistas más vehementes y los revolucionarios más animosos; por eso también frente al socialismo exclusivista de casta, que aspira al poder público como un simple partido

(1) Por ejemplo: a la aceptación y exaltación de la «dictadura proletaria» completamente reñida con nuestros principios anarquistas.—*N. de los E.*

más, se ha levantado un socialismo nuevo, cuyas amplísimas conclusiones han arrastrado y arrastran gran número de inteligencias cultivadas, de espíritus desenvueltos y despreocupados. Y es de advertir que estos elementos han salido y salen del seno mismo de la burguesía, y que una filosofía demoledora, producto de cerebros privilegiados, ha determinado esa nueva y singular tendencia del socialismo moderno.

Hoy de todas partes se clama por una solución que nos sustraiga al terrible dilema en que nos ha colocado el pleno desenvolvimiento del individualismo agrícola e industrial. Sectas religiosas, partidos políticos, escuelas filosóficas han cedido al contagio, y un número inmenso de hombres de todas condiciones se ocupa y preocupa de la tremenda cuestión social.

¿Y es hora de invocar el espíritu de clase y provocar y fomentar la lucha de clases el momento preciso en que la idea socialista se apodera de todos los cerebros?

III

Que el obrero se asocie y luche contra todo y contra todos, no sólo se comprende, sino que es justo y razonable, puesto que las demás clases sociales hacen otro tanto. Que en el orden de los intereses, capitalistas y trabajadores ocupen posiciones distintas y peleen como dos ejércitos que son, es sobrado explicable, porque en la lucha por la existencia el principio de asociación para la lucha hace necesario el acuerdo entre elementos afines para combatir a los contrarios.

Pero el problema social ha dejado de ser ya una cuestión de bandería, tanto como de casta. Interesa y afecta a la sociedad en pleno, y no pocos pensadores socialistas, al hablar de emancipación, han abandonado por completo el concepto de emancipación de clase, para ocuparse preferentemente de la emancipación general de la especie.

La esclavitud existe de hecho para todas las clases sociales. Redimidos en la forma exterior por un deficiente progreso político, continuamos, en el fondo, sometidos a las rutinas primitivas, a las preocupaciones y errores de siempre.

En religión somos idólatras como nuestros mayores; en política, siervos del rey o del presidente; en economía, no hemos acertado a salir de las formas bárbaras, a pesar del progreso efectivo de la maquinaria. Hemos cambiado en todo de tirano, pero la tiranía subsiste. Dios, trino o uno, pluralidad o unidad teológica, la esencia del concepto religioso es la misma.

Al absolutismo de derecho divino hemos sustituído el absolutismo del número. Al agio, el privilegio y la explotación, organizados por la teocracia y la aristocracia, ha sucedido el agio, el privilegio y la explotación, organizados por el tercer estado.

Por eso en las actuales condiciones sociales el malestar es general y el escepticismo lo invade todo. La crítica nos ha hecho ver la falsedad de los progresos ideales, a la par que la práctica diaria nos muestra el engaño de los progresos reales y positivos en el orden de los hechos. El desaliento cunde, y a la fe y a los entusiasmos de otros tiempos sustituye una indiferencia profunda que abarca todas las clases sociales. Sólo una ínfima minoría abraza la nueva fe y lucha con entusiasmo por los novísimos ideales.

En este período de transición, el hábito revolucionario produce estremecimientos de desesperación, escalofríos de terror, vendavales de odio. El espíritu de rebeldía va minando poco a poco todos los elementos sociales. Nadie se halla bien, y ya sea burgués, ya proletario, todos sienten necesidad imperiosa de sacudir violentamente un estado de cosas que esclaviza y degrada.

La exclusión de clases desaparece, pues. En la venidera revolución, allá irán confundidos jóvenes ilustrados de las clases medias con rudos obreros del campo y de la ciudad. La nueva savia generosa y resuelta

de una juventud ansiosa de ideales elevados y nobles, mezclaráse a la fuerza virgen de las clases populares, y producirá la síntesis soñada de un mundo mejor. La inteligencia que impulsa y el brazo que ejecuta, en íntima correspondencia, tal será la resultante próxima de una transformación cercana. Los heroísmos ejemplares, las abnegaciones sublimes, los sacrificios inimitables de todos los grandes sacudimientos sociales, reproduciránse en esta revolución que se avecina, sirviendo de puente para realizar el salto, al parecer imposible, de un mundo de castas a un mundo de iguales, de un mundo de esclavos a un mundo de libres. Hombres salidos de todas las clases, el sabio generoso, el joven entusiasta, el trabajador fornido, prestarán la fuerza de su inteligencia, de su entusiasmo y de su brazo a la obra de la general renovación.

Las clase desaparecen moralmente en nuestros tiempos; pronto desaparecerán materialmente y de hecho. La revolución será la obra común de todos los rebeldes, y éstos no son exclusivos de una clase: son el fermento social de lo que viene sintetizado por una efectiva libertad basada en la igualdad de condiciones, única manera de realizar por y para siempre el ideal supremo de la Humanidad: la fraternidad de todos los hombres.

